buscar una india que le habían hurtado. Replicó, que era gran mentira y que ¿quién era el que se escapó? Dijo que era un criado suyo. Volvió a decirle que dijese la verdad, porque no tendría respeto al compadrazgo, pero afirmóse en lo dicho. Y preguntando, ¿qué orden tenía Narváez en su campo? Dijo lo que había y que pensaba que iba a la carnicería y que como compadre y servidor le rogaba que se volviese. Dicho esto mandó que así atadas las manos como estaba le guardasen y comenzó a marchar; y al apartarse dijo a voces el Carrasco que no daría su parte por mucho y esto por las grandes cadenas y joyas que llevaban los de Cortés. Llegados a cuarto de legua de Cempoalla mandó dejar los tiros y el fardaje en una quebrada y dijo pocas palabras a la gente, dando ánimo; y ofreció al que le diese muerto o preso a Narváez, tres mil castellanos de oro; mil quinientos al segundo que su persona llegase, al tercero mil. Protestó que su principal deseo había sido siempre el ensalzamiento de la fe y que iba provocado a aquella fación. Rogó a todos que se encomendasen a Dios y le pidiesen perdón de sus culpas; adoró la cruz, todos hicieron lo mismo y se abrazaron y perdonaron unos a otros; y fray Bartholomé de Olmedo, sin que nadie se levantase, les hizo decir la confesión general, pedir a Dios perdón, prometer la enmienda de la vida, hizo la forma de absolución, hízolos una plática, concluyendo con decirles que Dios les diese vitoria, para que presto volviesen a Mexico a plantar la fe católica. Y en esto era ya llegado Hurtado, entrando en el ejército de Narváez, gritando al arma, diciendo que Cortés estaba cerca, que habían prendido a Carrasco; no supo decir qué gente era, ni cuánta, pero algunos dijeron que no podía ser que lloviendo y con noche tan obscura fuese Cortés; y Pámphilo dijo a Hurtado que se fuese a dormir, que se le debía de haber antojado. Fuese al aposento de Juan Bono y allí dijo que vio caballos y que oyó voz castellana y que no estaba loco. Pero Juan Bono, a quien no debía de pesar la llegada de Cortés, le dijo que lo había soñado, que callase.

CAPÍTULO LXV. *Que Fernando Cortés acometió a Pámphilo de Narváez y le venció y prendió y deshizo su ejército*

DESEANDO CORTÉS JUSTIFICAR MÁS SU CAUSA dio mandamiento a Gonzalo de Sandoval, su alguacil mayor, para prender a Narváez, cuya substancia era, que habiendo llegado con ejército entraba por la tierra de guerra y estando pacífica la alborotaba, en que hacía gran deservicio al rey cuyas provisiones no había querido mostrar, aunque fue requerido, estando Fernando Cortés presto de obedecerlas y de venir en cualquier buen medio de paz; por lo cual y porque estorbaba la pacificación de aquel nuevo mundo, de que Dios era tan deservido y el patrimonio real menoscabado, le mandaba que se prendiese y si le resistiese le matase; para lo cual le daba comisión y poder y mandaba a los capitanes, caballeros y soldados

de su ejército, que para ello le diesen todo favor. Luego ordenó la gente en tres tropas. La primera dio a Gonzalo de Sandoval, con sesenta hombres y eran los principales Jorge de Alvarado, Gonzalo de Alvarado, Alonso de Ávila, Juan Velázquez de León, Juan de Limpias, Juan Núñez de Mercado. Encargó la segunda a Christóbal de Olid, que era maese de campo, gentil soldado y hombre de grandes fuerzas y iban con él, Rodrigo Rangel, Andrés de Tapia, Juan Xaramillo, Bernardino Vázquez de Tapia, que hacía oficio de fator del rey. Cortés llevó a su cargo la tercera y con él iba Francisco Álvarez Chico y Rodrigo Álvarez Chico, hermanos, hombres de valor y de prudencia y fieles a Cortés, Diego de Ordás, Alonso de Grado, Domingo de Alburquerque, Christóbal y Martín de Gamboa y Diego Pizarro. Llevaban entre todos setenta picas, hechas de encina, con los hierros dichos que llegaban a treinta y ocho palmos; dio por nombre el Espíritu Santo, por parecer de fray Bartholomé de Olmedo. Mandó que las picas de Gonzalo de Sandoval acometiesen el aposento de Narváez y las otras a la casa del cacique, adonde había guarda sobre él, porque no se fuese y que cincuenta soldados diesen sobre el alcalde Juan Juste y su compañero. Ordenó a Christóbal de Olid que embistiese con el artillería de Narváez y que él le guardaría las espaldas. Iba una escuadra de otra a menos trecho que tiro de piedra; y caminando en esta orden dijo Cortés a Carrasco, mandando hacer alto: compadre, por vuestra vida que me digáis de qué manera está ordenado el campo de Narváez; mirad que si no me decís la verdad no bastará el amistad vieja para dejar de mandaros guindar de dos de estas picas que son bien altas. Dijo que aunque le ahorcase no diría más de lo dicho, porque aquello era la verdad. Replicó Fernando Cortés, pues así lo queréis, vos moriréis, y aunque lo dijo burlando, faltó poco que saliera de veras, porque los que le llevaron, le guindaron luego de dos picas y si de presto no arremetiera Rodrigo Rangel con su caballo, quedara ahorcado, porque atropelló a los que le guindaban y le dejaron; y estuvo cuatro o cinco días tan malo de la garganta, que no pudo tragar bocado. Y caminando llegaron a un camino que se partía en dos, adonde estaba una cruz, a la cual todos se humillaron y fray Bartholomé de Olmedo les hizo otra plática, animándolos, y aquí se vistieron los ichcahuipiles, que son las corazas de algodón, y con buen paso y orden y gran silencio se fueron acercando al pueblo, y viendo Juan Velázquez de León una luz alta, dijo a Cortés que allí era el alojamiento de Pámphilo, y él respondió, huélgome que la lumbre nos alumbre.

Mandó Cortés a Gonzalo de Sandoval que con su tropa se encaminase a Narváez, en que hizo buena elección, porque era capitán muy arriscado, y a las otras que le guardasen los lados, para detener el socorro que acudiese. Sandoval mandó al atambor Canillas que no tocase hasta que se lo mandase, y le llevaba delante de sí. Ya que se acercaban al aposento de Narváez, Cortés, que andaba reconociendo y ordenando a todas partes, dijo a la tropa de Sandoval: señores, arrimaos a las dos aceras de la calle, para que las balas del artillería pasen por medio sin hacer daño. No pudo ser este acometimiento tan callado que no fuesen sentidos y avisado Nar-

váez, que se estaba vistiendo una cota; dijo a quien le avisó, no tengáis pena y mandó tocar al arma. De las otras dos torres adonde estaban alojados los demás de su ejército, no le acudieron, porque dicen algunos que se hicieron sordos; otros, que no pudieron llegar por el impedimento de las tropas de Cortés. Llegado, pues, Sandoval al alojamiento de Narváez, las primeras centinelas que estaban al pie de la escalera de la puerta de el patio comenzaron a dar voces. Sandoval, viéndose sentido, mandó a Canillas que tocase la caja; Cortés decía: cierra, cierra, Espíritu Santo, Espíritu Santo, a ellos, y subiendo Sandoval la primera escalera seguido de los suyos toparon en el patio con un aposento de negros, salió uno con una lumbre en la mano y de dos golpes de pica le mataron; y pasando adelante, haciéndose pedazos los atabales de Narváez y la caja de Canillas, acudieron al aposento de Narváez y subidas cuatro gradas hallaron puesta el artillería. Disparóse un tiro que mató dos de los de Cortés, los cuales apretaron tanto que no dieron lugar a que se disparasen las otras piezas. Hizo Cortés con mucha priesa echar el artillería por las gradas abajo y subió otras cinco para entrar adonde estaba Narváez y con él hasta cuarenta soldados; Gonzalo de Sandoval, que ya estaba con Pámphilo, le requirió que se diese; burlóse de ello y comenzó a pelear animosamente con los suyos, porque siempre fue valiente; y como sus lanzas y partesanas no alcanzaban y las picas de Cortés eran muy largas, no hacían fruto, con todo eso se defendía con ánimo y valor; y Martín López, soldado de Cortés, puso fuego a la paja que cubría la torre y por el humo hubo de salir Narváez, y su gente y allí le dieron un golpe de pica en un ojo. Diego de Rojas, alférez de Narváez, peleaba con su bandera valerosamente y defendiéndola como valiente caballero, le derribaron de dos picazos; dijo al caer, válgame Nuestra Señora y Cortés respondió, ella te valdrá, y no quiso que le acabasen de matar. Herido Narváez, cerró con él Pedro Sánchez Farfán y luego Gonzalo de Sandoval, y dijo: sed preso, y por las gradas le llevaron arrastrando hasta echarle prisiones y llevarle a Cortés, a quien dijo: señor Fernando Cortés, tened en mucho la ventura que hoy habéis tenido en prender mi persona. Respondióle que lo menos que él había hecho en aquella tierra era haberle prendido; mandóle poner a recado y no le curaron aquella noche, por la revuelta que andaba y otro día le envió a la Villa Rica.